

Carlitos Cachaña

WALTER MONTILLO

Planeta
Junior

1

Pocos pueden jactarse de que su primer recuerdo en una cancha de fútbol haya terminado levantando una copa. Uno de ellos es Carlitos Díaz, nuestro protagonista. Un niño de nueve años que, desde que tiene memoria, quiere ser futbolista.

Según cuenta la leyenda, su papá, Sergio —también conocido como el Loco Díaz— fue el mejor jugador en la historia del Estrella Santiago, el club de fútbol del barrio donde la familia Díaz vive hace generaciones. Un diez clásico, dueño de una zurda exquisita, comparada con la del mismísimo Diego Armando Maradona. Al menos eso decía Romualdo, quien, micrófono en mano, narraba los partidos de la Bombonera de Marcoleta para recordar

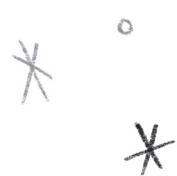


sus años de radio. Sergio incluso alcanzó a jugar unos meses en las juveniles del Rayo Cordillerano, el equipo más ganador de la primera división profesional, pero una lesión a los ligamentos de su rodilla izquierda truncó sus sueños de niñez y lo obligó a dejar la cancha para siempre.

Al Loco no le quedó otra opción que dedicarse a los estudios y ganarse la vida como ayudante en una oficina de abogados: trabajaba de lunes a viernes, de nueve de la mañana a siete de la tarde, revisando montañas de papeles, llevando escritos, demandas y apelaciones a los distintos juzgados de la ciudad. No disfrutaba su trabajo, pero tenía que alimentar a su familia. Con orgullo explicaba que, gracias a su esfuerzo, a sus hijos nunca les faltaría nada.



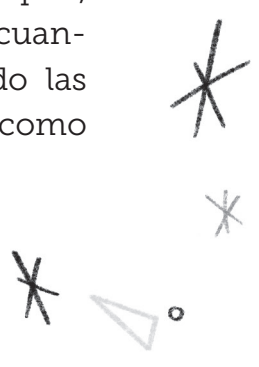
Los viernes, eso sí, se desquitaba. Terminadas sus labores en el estudio, comenzaba la transformación: se sacaba la corbata y se desabotonaba la camisa. Llegando a casa besaba a Ana, su mujer, tomaba su silbato, su pizarrita y plumón azul, se calzaba el buzo y su gorro del Inter de Milán

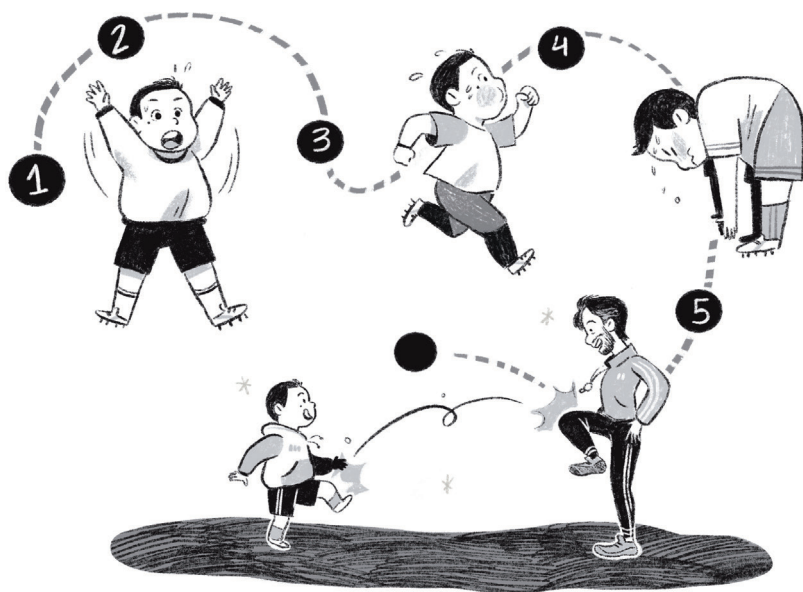


y se convertía en el entrenador del equipo de baby fútbol del Estrella de Santiago.

Carlitos siempre lo acompañaba a la Bombonera de Marcoleta, gimnasio donde hacían de local. Allí su padre se convertía en una mezcla entre Marcelo Bielsa y Jürgen Klopp: observaba los partidos y entrenamientos en cuclillas, sorprendía a todos con decisiones inesperadas como poner al arquero reserva de delantero a cazar algún centro de último minuto, cargando a todos sus comandados en un mismo sector de la cancha para confundir al equipo rival y llenando su pizarra de flechas con indicaciones tácticas que no siempre sus jugadores lograban comprender. Las manías del Loco Sergio, en todo caso, daban resultado, por eso nadie se atrevía a cuestionarlo.

Luego de los partidos, cuando las tías de los completos se llevaban sus carros de supermercado en los que tenían las ollas con salchichas hervidas, las fuentes con pan, los tarros de ketchup y mayonesa, y cuando el público ya había abandonado las gradas, con un solo foco prendido, como





si fuera una función de teatro, empezaba el entrenamiento personal padre-hijo. Ciento cincuenta cabezazos seguidos, remates de izquierda y derecha, veinte vueltas corriendo a la cancha.

—Vamos, hijo, péguele con el empeine. Ahora con el borde interno. ¡Quince flexiones de brazos! No me saque la vuelta, señor.

Carlitos terminaba agotado, con la lengua afuera, pero sabía que estaba aprendiendo del mejor, que su padre era el indicado para ayudarlo a cumplir su sueño de convertirse en jugador profesional y debutar en el Estrella Santiago.



Por eso, aquel jueves, cuando de vuelta de la casa de sus abuelos Sergio le dijo que, si se portaba bien, quizás lo podía meter unos minutitos en el partido del sábado contra el Fluminense, Carlos saltó por toda la casa, le sacó la lengua a su hermana, le dio un beso a su madre y se puso a patear y a cabecear balones imaginarios, aunque la risa de su familia solo duró hasta que, con el brazo, pasó a llevar la caja de la leche y mojó la mesa y la pared con las fotos de los tiempos de futbolista de su padre, al igual que a Blanca, su furiosa hermana mayor.

Aquella noche no durmió mucho. Con siete años, le tocaría debutar como jugador del Estrella Santiago contra niños mucho más grandes, que lo doblaban en edad y tamaño. Se revolvía entre las sábanas imaginando goles de chilena, paredes de cabecita, tirando caños a diestra y siniestra. ¿Y si le pegaban? ¿Y si no le daban pases? Los pensamientos desagradables aparecían, de a poquito, entre los sueños de grandeza, aunque no lograban imponerse. A las horas se quedó dormido abra-





zado a su remendado balón de cuero, pegando patadas entre sueños.

Después del colegio, ante la mirada de su madre, le contó la noticia a su pandilla. Bryan —un niño al que también molestaban y que soñaba con ser un relator como Romualdo y recorrer el mundo narrando los partidos de la Copa Libertadores, de los Mundiales y de la Champions— le dijo que lo encontraba seco. María lo abrazó y ambos se pusieron colorados. Ella era la mejor de los cuatro para el fútbol. Era muy rápida y, cuando avanzaba, parecía como si tuviese la pelota pegada al pie. También soñaba con ser futbolista, pero le daba rabia que muchos niños no quisieran jugar con ella solo por ser mujer. En realidad, era porque la habían visto y les daba susto que les ganara. Román, su otro amigo, miró el suelo sin darle mucha bola. A él lo conocía del colegio. Al principio no eran muy cercanos, pero cuando se encontraron en la plaza y se dieron cuenta de que vivían cerca, empezaron a caminar juntos a casa y se hicieron inseparables.





El sábado en la mañana, el día del partido, llegaron temprano al gimnasio. Su padre y entrenador llevó a cabo su ritual. Chequeó que las mallas de los arcos no tuvieran hoyos, rellenó las botellas con agua y pasó el paño por las bancas de madera hasta dejarlas impecables. Blanca protestó, como siempre. No le gustaba ir, menos tener que acompañarlo tres horas antes de cada partido.

—Papá, ¿para qué nos haces ir? Prefiero quedarme durmiendo. Aparte, huele tan mal ese gimnasio, siempre está pasado a cebolla —gritó desde su cama.

—Hoy debuta su hermano, señorita, ¡cómo se lo va a perder! Se tapa la nariz si no le gusta el olor —le respondió su padre acomodándose el gorro del Inter de Milán.

El gimnasio se fue llenando poco a poco. Era un partido entre equipos de niños de siete años, pero un clásico siempre es un clásico, un acontecimiento que se espera todo el año. El que gana tiene derecho a molestar al vecino hasta que vuelvan a jugar. Los irresponsables adultos ponían en





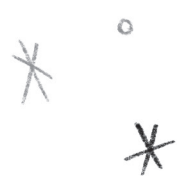
aquellos niños toda la presión de defender su honor.

Adentro, el gimnasio hervía como una olla a presión. La gente gritaba y alentaba a sus jugadores. En la cancha, los niños disputaban cada balón con fuerza. El Loco Sergio estaba raramente tranquilo, con una paz que lograba transmitir a sus dirigidos. Ellos ganaban por un gol y defendían el resultado con la pelota, dándose pases entre ellos cuando quedaban pocos minutos para el final.

—El que la toma es el número cinco del Estrella, uno de los volantes más prometedores del barrio. Se la entrega a Damián, el delantero, que recibe de espaldas y le devuelve la pared a su compañero. Tac-tac-tac. Tuya, mía, para ti, para mí, parece decirle. Damián remata y paaaaalo, señoras y señores, ¡el arquero del Fluminense hizo pacto con sus postes!

—Vamos, muchachos, sin perderla. Dos toques. Si no tienen opción de pase, se la entregan al arquero. Ya queda poquito —indicaba el padre-entrenador en cuculillas. Desde la banca hacía caso omiso del





ruidoso relato de Romualdo, quien hacía su performance desde las gradas.

Carlitos observaba entre los suplentes con admiración, pero, también, con un poco de miedo. ¿Y si no soy tan bueno como ellos? A medida que pasaban los minutos, se sentía más grueso, más lento y más torpe que sus admirados compañeros. De nada servían los entrenamientos personales. Él estaba convencido de que era peor que todos ellos. Si no era capaz de destacarse en un partido de baby fútbol, ¿cómo llegaría a ser profesional? Iba a decepcionar a su papá.

—Ya, Carlitos, entre a hacer lo que sabe. Sin ponerse nervioso —le dijo su padre sin mirarlo, tratándolo como a uno más. Le dio una fría e impersonal palmadita en la espalda para que no fueran a pensar que hacía diferencias con él solo por el hecho de ser su hijo.

Carlos entró persignándose y dando saltitos sobre el pie derecho, como había visto en la tele que hacían los jugadores profesionales. Tocó un par de balones. Entonces, algo pasó. Vio a Román, su ami-



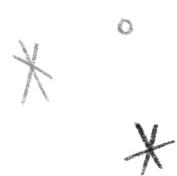
go, jugando para el otro equipo y pensó, ¿cómo voy a estar jugando contra él?

Cuando Román tomó la pelota, Carlitos se la pidió. «¿Qué le pasa a este cabro?», pensaba su padre.

—Carloooooos, ¿para dónde vaaaaaas? ¡Nosotros tiramos al otro arcoooooo! —le gritó desesperado, tomándose la cabeza con ambas manos.

Román, extrañado, le dio el pase y, ante la mirada atónita del arquero del Estrella, Carlitos sacó un misil de derecha como los que entrenaba con su padre, marcando el mejor autogolazo que la Bombonera



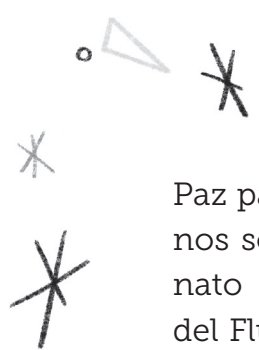


de Marcoleta hubiera visto en su historia. Una vez que la pelota cruzó la línea, el árbitro tocó el pito, anunciando el fin del partido. Empate entre el Estrella y el Fluminense, que no tenía por dónde conseguir un punto aquella tarde.

Sus compañeros se miraban extrañados mientras Carlos sentía las risas que provenían del público y, poco a poco, comenzaba a darse cuenta de lo que había hecho. Ana, su madre, intuyó el enojo de Sergio, que aún no abandonaba el rol de entrenador para recuperar el de papá, por lo que se acercó y le tocó el hombro. Entonces, Sergio se giró y vio a los hinchas del Fluminense y del Estrella muertos de la risa, echando la talla y compartiendo el maní confitado. Se dio cuenta de lo que había logrado su hijo: unir a esos hinchas que hace años no se hablaban. El entrenador del Fluminense se acercó y le susurró algo al oído. Entonces, llegaron los presidentes de ambos equipos y le entregaron una copa a Carlitos.

—Premiamos a Carlos Díaz por su espíritu cívico. No tenemos un Nobel de la





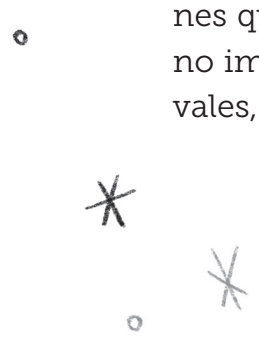
Paz para entregarte, pero sí esta copa que nos sobró de la celebración del campeonato de jubilados —le dijo el presidente del Fluminense, desatando la ovación del gimnasio. Sus compañeros también celebraron y, a pesar de su error, Carlos se devolvió contento.

En la casa, su padre no le habló.

—Papá, ¿te pasa algo? —preguntó el pequeño Carlos luego de ducharse, engullendo el plato de milanesas con papas fritas, su comida favorita, que le había preparado para regalárselo.

—Nada, hijo. Solo te pido que, la próxima vez, apuntes al arco del rival, no al nuestro. Yo no te voy a felicitar por equivocarte —le contestó sin despegar la vista de la televisión, donde pasaban un partido repetido de la Champions League entre el Atlético de Madrid y el Liverpool.

—Pero es que estaba el Román en el otro equipo...



—Te va a tocar jugar contra amigos, tienes que acostumbrarte. Que se enfrenten no implica que dejen de ser cercanos. Rival, no enemigos. Mira, observa a Salah,



el del Liverpool. ¿Ves que siempre anda con una sonrisa y no se pelea con nadie? Se lleva bien con la gente del Atlético, no discute con Griezmann, se nota que tiene buena onda con Koke, pero eso no quitó que metiera un golazo —le explicó, haciéndole cariño en la cabeza—. Ya, a acostarse.

—Pero qué le pasa a este áááárbitro, ¿no vio la patada de Henderson? —le gritó su mamá al televisor, gesticulando con más ímpetu que el propio Cholo Simeone.

Ella era igual de fanática que su padre, incluso más. Cuando algo le molestaba de un partido, no dudaba en gritar y reclamar. Por eso habían decidido dejar de llevarla al estadio a ver al Rayo, porque le subía demasiado la presión.

Carlitos se echó en la cama imaginando qué haría Pipo Ventura si le tocara enfrentarse a su mejor amigo. Pipo, el mítico puntero derecho de la selección, de la Juve, del Real Madrid, era su ídolo. Ojalá un día tuviese la oportunidad de preguntarle, pensó, acariciando a Lío, su tímido gato.

